

eclesiástica durante el auge liberal al comienzo de este siglo, es verdad: la Iglesia -dijeron- debe meterse en la sacristía, en las cosas directamente religiosas. Y solamente debía salir de ella cuando se encuentre en juego la dignidad de los hombres o la fe de los creyentes, cuando son gravemente conculcadas por una falta de libertad en su ejercicio, pero nada más. En estos casos la Iglesia toda -y sería preferible que lo hicieran los simples católicos más frecuentemente que los obispos- puede y debe intervenir en la sociedad como un elemento más de ella; aunque sin intentar saltar por encima de ese «diálogo de igualdad» que preconizó el Papa Pablo VI en sus momentos álgidos, cuando el peso de su responsabilidad, como cabeza máxima del catolicismo, no le había

problemas de violencia en el País Vasco. Con la intervención episcopal sobre el divorcio estamos muchos creyentes totalmente en contra, entre otras cosas porque nuestros obispos no dicen toda la verdad católica, que es mucho más abierta de lo que ellos enseñan; y tampoco aceptamos el modo clerical e impositivo que han usado al pretender influir en las decisiones civiles de nuestros gobernantes y legisladores, que son los únicos representantes auténticos del pueblo y que tienen la suficiente mayoría de edad para no ser teledirigidos por nuestro episcopado. El segundo documento es completamente diferente: muchos estamos totalmente de acuerdo con su contenido, y nos alegramos de que la Iglesia recuerde -como ellos hacen- esos principios

propia cabeza, porque como muy bien decía el gran matemático y católico que fue Pascal: «no son sólo las Bulas las que determinan la verdad de los hechos, sino la verdad de los hechos es lo que hace aceptables las Bulas.»

La crítica debe ser profunda, radical, en vez de estar aguada y envuelta en eufemismos. Aprendamos de la propia tradición católica que desde el *Antiguo Testamento* se indignaba contra los dirigentes religiosos de Israel, diciendo que estaban «embrutecidos» porque «no buscan al Señor», sino que sólo «se apacientan a sí mismos». El más irónico de estos profetas sociales fue Miqueas quien denunciaba a los «sacerdotes que predicaban a sueldo», y observaba con agudeza volterriana: «cuando les dais de comer predicando paz y, en cambio, cuando no se les

CLERICALISMO EN LA TRANSICION

desarrollado la neurosis latente que padecía.

Clericalismo fue la concesión de prebendas al clero que hizo Petain durante el régimen pro-nazi francés; o el ambiente que se produjo durante nuestros últimos 40 años con Franco. Y clericalismo fue también el afán de protagonismo exclusivista que quería tener nuestra jerarquía en la vida pública española durante los dos últimos siglos. Lo que tenemos que exclamar hoy, con tajante claridad y aceptando todas sus consecuencias, es el desplante que tuvo el Cardenal Saliège al final de la Francia colaboracionista: «para nada queremos el clericalismo.» Y hemos de decirlo no sólo de palabra sino con nuestras obras, para lo cual hemos de permitir con total libertad un serio anticlericalismo, que no por serio deje de utilizar también los medios jocosos, como hicieron los clásicos de nuestra literatura española.

Manifestaciones de clericalismo, en el fondo o en la forma, las hemos tenido últimamente en España. Lo he dicho antes. Clericalismo hubo en el contenido y en el modo de expresarse nuestro episcopado acerca del moderado proyecto de ley civil de divorcio, propulsado por Fernández Ordóñez; y también lo hubo en el tono clerical que el Obispo Setién y sus colegas emplearon en su pastoral sobre los

elementales de derecho humano; pero, al leerlo despacio, no deja de resumir un clericalismo más o menos lavado en el tono, que no sé si me equivoco pero que creo detectar en el estilo del Obispo que ha sido el principal redactor del escrito, el cual está abierto a los problemas del pueblo vasco, pero posee una fuerte inclinación clerical, como cualquier puede apreciar siguiendo su trayectoria doctrinal y pastoral de hace unos años (bastaría recordar el clerical libro que escribió sobre la Iglesia y su incidencia social, así como su insistencia por controlar durante el franquismo la autonomía seglar que quería tener la valiente *Comisión Justicia y Paz*).

Un serio anticlericalismo

Repito, como he dicho muchas veces, que la única manera de combatir eficazmente estos males es, o el olvido y el silencio en torno a estas intervenciones clericales, sin prestarles mayor atención; o una crítica libre de lo mucho humano que tiene la Iglesia, para que las cosas queden en su adecuado lugar y ésta no se sienta la mentora paternalista de todos nuestros problemas, ni la voz única de todo lo religioso. Incluso el católico no puede hacer abstracción de su

llena la boca de comida declaran la guerra santa.» Situación que tendría para algunos muchas analogías con lo que pasó en nuestra guerra civil.

Críticas de otros tiempos

La palabra dura, sarcástica y a veces aparentemente grosera se encuentra casi siempre en los sermones medievales o en nuestros literatos. Un Santo tan populachero y hacedor de casamientos, como el fraile de origen portugués San Antonio de Padua, dedica sus sermones a las masas que le escuchaban embelesadas las jocosas expresiones que lanzaba contra el clero y los religiosos de la Edad Media. ¿Cómo describe al «obispo de nuestro tiempo», según palabras textuales? Su retrato no puede ser más negativo: le recrimina «su ignorancia», que no sirve sino para «confundir a la gente»; le pinta lleno de «avaricia» que «devora al pueblo»; y, entre otras muchas lindes críticas, señala cómo dan parte de «los bienes eclesiásticos al tirano secular» con el fin de tenerlo propicio y defender «las redes de sus negocios y embrollos temporales». Me viene a la memoria lo que cuenta Mosén Muntanyola del Cardenal Vidal i Barraquer, durante nuestra guerra civil, cuando consiguieron sus co-



PHILIPS

LE AYUDA
EN TODOS LOS SENTIDOS.

PHILIPS



Porque PHILIPS le hace vivir a través de los sentidos, una dimensión más amplia del mundo que le rodea.

Le hacer ver una realidad más palpable y percibir los sonidos más puros y definibles, aspirar la fragancia de los sabores naturales, degustar el placer de la comida hogareña, sentir la suavidad que provoca caricias, haciéndolas aún más familiares y entrañables.

PHILIPS está junto al ser humano, ayudándole para hacer más placentera su vida cotidiana.

PHILIPS le ayuda en todos los sentidos.

CLERICALISMO

legas de la zona nacional que la Santa Sede le prohibiera recibir donativos extranjeros para ayudar a sus sacerdotes, y los canalizaran en buena parte para comprar cañones a favor de Franco.

Por un lado señala Antonio de Padua que «los vigías de la Iglesia están ciegos»; y por el otro observa que se dedican preladados, religiosos y religiosos a la buena vida. Estos preladados que no saben dirigir evangélicamente a los demás, unas veces se callan cuando deberían hablar, y otras «ven fantasmas» en sus predicaciones cuando les conviene. Y por eso dice que, estos obispos presuntuosos y aprovechados, se parecen a «una mona en el tejado». Y cuando se entregan a la «dolce vita» los describe caricaturescamente con «el vientre echado hacia adelante».

Todas estas expresiones no pueden chocarnos a los españoles, ya que en la Edad Media y en parte de la Moderna lo mismo nuestros literatos que nuestros autores espirituales se desmelenaron contra los excesos de nuestra Iglesia. A muchos de estos ermitaños o religiosos los llamaba el Arcipreste de Talavera «bigardos que fingen el bien con mentirosos hábitos», y son «carentes de juicio, sexo, razón, o entendimiento».

Lo mismo que en estos «cuentos y burlas» se decía, es lo que se esculpía también en los bajo-relieves de las catedrales, o se relataba en los libros de historia, como hizo Hernando del Pulgar. Don Claudio Sánchez Albornoz recuerda que era corriente llamar maliciosamente «obispillo», lo mismo a una gran morcilla que «a la rabadilla de las personas y aun quizá a parte más indecente de los hombres». El teatro del siglo XVI, como dice Américo Castro, se expresa «en forma audaz y hasta desvergonzada».

¿Actitud anti-religiosa?

Reconocemos así un extendido «anticlericalismo popular» que se dobla también de un anticlericalismo intelectual y aún espiritual. Ejemplo de ello son las críticas aceradas del historiador Padre Sigüenza, del lingüista Arias Montano, del literato Juan de Valdés, de su hermano Alfonso el funcionario palaciego y del delicado escritor clásico Fray Diego de Estella.

¿Quiere esto decir que toda crítica anticlerical está unida a una crítica contra la religión? Ni mucho menos. Todos estos críticos eran hombres re-

ligiosos que no estaban de acuerdo ni con los excesos del poder pastoral ni con el dominio intelectual tiránico de clérigos y religiosos, que se prevalían de su situación para avasallar las mentes o esclavizar las costumbres.

Desde Escoto Erigena hasta Santo Tomás de Aquino, pasando por el inteligente Abelardo, se sostenía lo que dice este último: «La razón debe ser la que nos convenza y no la autoridad». Esta lucha por la razón y por sus independientes fueros, es la batalla librada durante siglos y siglos por muchos hombres, unos claramente religiosos y otros que han sido tenidos por irreligiosos injustamente; lucha en la que todavía no hemos vencido del todo, a pesar de los tiempos. Es curioso que los eclesiásticos han desfigurado a muchos de estos personajes críticos como si fuesen enemigos de la religiosidad. Voltaire cuando decía «aplastemos al infame» se refería a esta Iglesia tiránica que no querría dejarnos ser ni mayores de edad intelectual ni moral, pero al Jesús predicador de la convivencia, la tolerancia y el amor lo tenía por mentor suyo y añadía: «si es así su enseñanza, yo no quiero tener otro Maestro». El excrático Rousseau, tenido en los libros de educación católica por un falso y desorientador pedagogo y un hombre apartado del cristianismo, decía en su «Emilio»: «la vida y muerte de Jesús son las de un Dios». Y el agnóstico Renan, lo mismo que el anticlerical Víctor Hugo, señalaban que «Jesús nunca será superado» porque «abrió sus brazos a todo el género humano».

Crítica actual

Los fieles católicos deberíamos inspirarnos en dos personajes de nuestra Iglesia, nada sospechosos de progresismo al uso actual, y que para nada escatimaron sus críticas a la religión que vivimos: son el seglar Papini y el dominico Padre Bruckberger. Aquel observa que los sacerdotes, lo mismo retrógados que progresistas, son pagayos que no piensan por cuenta propia, sino que se dejan llevar de sus oportunismos o de sus modas personales y, por eso, «su cabeza es un archivo de frases aprendidas de memoria». Su conclusión es que no se puede doler «de su corrupción, sino de su mediocridad». Porque lo que abunda en la Iglesia actual, progresista o retrógada, son los mediocres que con su estrechez de miras «creen que la religión es sólo asunto suyo, y

el cristianismo su monopolio». En vez de «presbíteros, debían ser *presbíteros* que mirasen más a lo lejos», viniendo la miopía del momento en que se encuentran con sus avances superficiales o sus retrocesos anacrónicos.

El dominico citado pide a los fieles que ejercitemos el uso del ridículo que nos enseñó Molière, para desmontar a esos «magos de aldea» que criticaba el teólogo Barth, y que todavía no nos hemos quitado de nuestras espaldas con sus tópicos progresistas o conservadores.

El Profesor Besançon ha señalado tres defectos de nuestra Iglesia progresista de hoy: 1) «la negativa a tener enemigos», afirmando infantil y superficialmente que creyentes y no creyentes pensamos lo mismo; 2) el uso de «un lenguaje católico fabricado con tópicos», en donde aparecen en confusa amalgama la revolución, la guerrilla, la no-violencia, la liberación, la paz, la igualdad, los derechos humanos, estando siempre dispuestos a firmar cualquier documento que propugna una de estas cosas sin saber técnicamente cómo se consiguen; y 3) «una amalgama de ignorancia y de tontería» que casi nunca profundiza en lo religioso del hombre, sino que revolotea en la superficie del mismo.

Yo he llegado a la conclusión de Bernanos: «no creo que la Iglesia sea capaz de reformarse humanamente y —por eso— no la deseo altamente perfecta, sino semejante a los hombres sencillos, pecadores y llenos de dudas que andan renqueando de este mundo al otro.» Y lo pienso lo mismo respecto a la sociedad civil que a la eclesiástica. A una y otra le conviene meditar la observación de Albert Camus: «cada generación se cree llamada a rehacer el mundo; pero es cierto que mi generación sabe muy bien que, en el fondo, no lo rehará. Y, en cambio, su tarea es quizá más grande: consiste en impedir que el mundo se deshaga.» Que el mundo profano no se deshaga con la contaminación, contaminación, la violencia, el automatismo y la palabrería política. Y que el mundo religioso del Evangelio no se disgregue en virtud de esa fuerza multinacional y todavía poderosa que se llama Iglesia, y que debía dejar de ser esa institución grandiosa para convertirse en la voz y el ejemplo de los auténticos creyentes a pesar de ser débiles, inconstantes, y llenos de defectos. En una palabra: la Iglesia ha sido, es y será como la definía el teólogo van Balthasar: «una casta prostituta» y debemos reconocerlo así sin tapujos. ■ E.M.M.